





ANDRÉS TRAPIELLO

**A LOS HAPPY FEW**

Pregón de la 33ª Feria del Libro Antiguo y de Ocasión

Diseño: Juan Bonilla  
Foto de cubierta: José Ángel Borja Urbano  
Foto de la librería: El Olvido Libros

No saben quienes le han invitado a uno a pregonar esta feria de libros viejos de Sevilla cómo se lo agradezco, porque fue en esta ciudad, en su alameda de Hércules, en los Jueves de su calle Feria, en aquel primer Renacimiento de Mateos Gago donde se vendían los libros falsos de Rafael Lasso de la Vega entre abanicos, castañuelas y armaduras toledanas, en la que acaso fijé, más aún que en Madrid, la idea de que los libros viejos sin vida no son nada, quiero decir, que no valdría la pena leer sin

tener presente el maravilloso olor trezado de azahar, candelas y bosta de caballo que sólo se encuentra en Sevilla, y todo lo demás, ya sabéis, el Guadalquivir, las noches de primavera, las muchachas en flor y los paseos nocturnos por las calles desiertas de la judería. Pero al mismo tiempo he de añadir que quienes le han invitado a uno a pregonar esta feria, no saben con cuánto temor lo hago, porque siempre que he hablado o escrito de libros viejos han acabado molestándose algunos libreros de viejo y acaso algunos pregoneros de ferias de libros viejos, contra mi propósito. Los libreros de viejo, creo, sin motivos, y los pregoneros, tampoco, aunque quizá, sabiendo que nadie les había visto nunca poner los

pies en ninguna librería de viejo, uno debería haber sido más comprensivo con sus pregones, llenos de bravatas cinegéticas.

Los que buscamos libros viejos, si no somos ricos, como es mi caso, tenemos que buscar en las librerías de viejo, además de libros, otras cosas, si no, no se explica este afán sostenido a lo largo de los años. Algunas de estas librerías son a veces covachas angostas, destartaladas, congestionadas y en un desorden doloroso y acumulativo, sumidas en una atmósfera almizclada cuando no micótica e irrespirable, negociados por figuras extrañas que han llegado a ese oficio como consecuencia de su misantropía, favorecida y simpatizada con la

de tantos buscadores y clientes misántropos, extravagantes, cleptómanos, ilusos y mezquinos.

Aquellos a los que nos gusta leer libros y venimos a las librerías de viejo o acudimos a los rastros y almonedas de medio mundo buscándolos tiene que gustarnos, pues, además de los libros, algo más, porque en cualquier librería de nuevo, a poco surtida que esté, encontraríamos más y mejor literatura y más y mejor poesía que en la mayor parte de las librerías de viejo. Incluso en los kioscos de los periódicos hallarán los jóvenes hoy mismo libros que les resultarán decisivos en su vida, desde *La Ilíada* y el *Quijote* a la *Cartuja de Parma* o *El Gatopardo*. ¿Qué ha cambiado de los tiempos en los que Gómez de



la Serna hablaba de los puestos de libros viejos del Rastro como de un nauseabundo pudridero solanesco? ¿Qué buscamos, pues, en las librerías de viejo? No lo sé bien. Y sin embargo es tal el amor que les profesa uno, que no podría prescindir de ellas, como tampoco podría un vagabundo, tan solitario siempre, prescindir de su sombra o de su perro sin raza.

Cuando era joven, observaba esas estampas de Nodier o de Daumier en las que se veía a un bibliófilo entre papelotes e infolios descomunales, sumergido en una especie de concupiscencia apergaminada y polvorienta, y me entraba un gran desasosiego. Con el tiempo esas estampas que de vez en cuando seguimos viendo en algunos carteles anunciadores de las ferias de

libros viejos, despiertan más aún en uno el recelo, la alarma, el tósigo. Me decía: “De viejo no querría parecerme a ninguno de esos personajes con redingote o levita, cargados de hombros y ventripotentes, o por el contrario, consumidos y flacos hasta la exageración, que examinan por encima de sus lentes, completamente abstraídos del mundo, un libro de aspecto sospechoso. Mi vida no puede ser tan triste como para acabar rodeado de libros viejos y gatos, respirando letras sin luz, en ambientes tenebrosos sin aire”.

Es cierto que durante muchos años buscábamos en las librerías de viejo obras que el tiempo había orillado de una manera inexplicable, tan injusta como caprichosa. Ni

siquiera eran autores y libros del pasado remoto, góticos, incunables, suntuosas *prínceps*, sino modestas ediciones en rústica de algunos contemporáneos nuestros. La tarde que conocí a Ramón Gaya llevaba conmigo su bellissimo y deslumbrante libro *El sentimiento de la pintura*, una rareza inencontrable ya entonces pese a haber sido editado sólo diez o quince años atrás, hallado por azar una hora antes en una librería de viejo de la calle San Bernardo de Madrid especializada en asuntos taurinos. Ni siquiera se trataba de autores menores o de segunda fila, entendiendo por tales a Fernando Fortún, Cansinos-Assens, Noel, Azaña, d'Ors o al grandísimo Solana. Quien quisiera leer las obras de estos

y muchas de Galdós, de los Machado, de Baroja, de Azorín, Unamuno o Gómez de la Serna, el que tanto había denigrado las librerías de viejo, sólo podía encontrarlas en ellas, paradójicamente, pese a ser todos ellos tan grandes escritores como los del Siglo de Oro. Lo más luminoso de una literatura, de una época, únicamente era posible encontrarlo bajo una capa de polvo, expendido a menudo por libreros medio locos, maniáticos y desengañados de todo porque su vida como libreros de viejo, trabajando de sol a sol no les había sacado de pobres, y porque a menudo tenían que tratar con unos buscadores de libros tan locos, maniáticos y pobres como ellos.

Las razones por las cuales se había llegado a ese punto en el

que esa literatura de la que hablo valía menos que nada, son menos complejas de lo que la gente se cree, y podrían resumirse en algo tan sencillo como esto: la *intelligenza* de nuestro país, con buena parte del profesorado, la crítica y la academia a la cabeza, y, por supuesto, de muchos de los escritores y poetas en activo entonces, hacía tiempo que habían dado en pensar que todo lo español era sospechoso, si no abiertamente franquista, algo así como si los escritores españoles, exceptuando, claro, a algunos exiliados, hubieran sido los responsables directos de un atraso literario en el que se tenía a Unamuno, por ejemplo, por un casticista español, pero no a Joyce por un casticista irlandés.

Así fue como en muy pocos años, treinta o cuarenta, se anatemizó a la literatura española y fue arrojada a las librerías de viejo como se abandonaban las pobres bestias en aquellos pudrideros de los que se habla en *La España negra*.

Y nosotros la buscábamos allí porque no estaba en otras partes, y por nuestro propio desplazamiento. ¿De no haber sido unos desdichados habríamos buscado en otros libros que los oficiales y preceptivos?

Este plural sin embargo es de una gran modestia, pues comprendía únicamente a media docena de lectores y a docena y media de libreros, y a pocos más, si hablamos de los libros que alguien como nosotros podía estar buscando, ediciones

pobremente editadas, como mísero era el país donde habían aparecido, encuadernadas en rústica y muchas de ellas editadas en innoble papel pluma. Así lo habían sido la mayor parte de los libros de los escritores que acabo de mencionar. Y sin embargo hallábamos en ellos la razón poética y literaria que la literatura de nuestro tiempo se obstinaba en hurtarnos, y hallábamos en ellos los sueños puros en un mañana mejor que ya era el nuestro, pero que tenía poco que ver con lo que habían soñado para nosotros aquellos escritores admirados, olvidados, denigrados.

Cualquiera que eche un vistazo al canon literario actual y lo compare con el que entonces estaba en circulación, habrá de admitir que

aquella media docena de lectores y aquella docena y media de librerías de viejo no estaban equivocados, y no creo que nadie se atreviera a sostener hoy que siguen siendo de segunda fila. Lo desmentirían la estimación en que se les tiene a la mayoría de ellos, académica y socialmente, y, aunque no le guste a uno en especial descender a esos detalles, lo avalan los precios alcanzados por sus primeras ediciones, tanto más paradójicos cuanto que muchos de esos escritores, como Noel, se murieron de hambre porque no lograron vender un libro en su vida, y otros, como Ramón, que tenía que regalarlos, casi.

Sí, fue como si necesitáramos restablecer al mismo tiempo un clima propicio, literaria y moralmente



hablando, para devolverle a España y a su literatura, algo de lo mucho que nos había dado.

Ese trabajo, mejor o peor, ha sido hecho en buena parte estos años pasados y muchos de los libros que hace tres o cuatro décadas sólo podían encontrarse en librerías de viejo, hoy sólo los encontraremos en las de nuevo. Tan raros, buscados y preciosos se han vuelto. Incluso huronear libros de viejo se ha convertido en un esnobismo más. Nadie lo hubiera creído hace treinta años y no deja de ser desconcertante que los mismos que entonces despreciaban a quienes citaban a esos escritores y a otros como González Ruano, Sánchez Mazas, Pla o Foxá, Chaves Nogales o Juan Ramón Jiménez, son los

primeros que hoy presumen de ellos como cosa fácil y sabida, incluso para quitarles de en medio, erigiéndose en sus verdaderos exégetas, lo cual, dicho sea de paso, suele arrancarles a los primeros una longánima sonrisa de oreja a oreja que sólo han podido aprender en la frecuentación de las librerías de viejo, que son las escuelas donde mejor se enseña el verdadero *sic transit gloriae mundi*.

Así que la pregunta que nos hacíamos al principio sigue siendo pertinente. ¿Por qué volvemos una y otra vez a las librerías de viejo? No es sólo, como nos ha gustado repetir tantas veces con Juan Ramón, porque en edición diferente los libros dicen cosa distinta. Ni siquiera porque, como sentía Baroja, la soledad de los

crepúsculos es doblemente venenosa para los hombres solitarios, y dónde mejor fondear que en una librería de viejo que tiene todas las ventajas de los viejos cafés y ninguno de sus inconvenientes.

Creo que la mayor parte de los que seguimos frecuentándolas, esperamos topar en alguna de ellas ese libro entre cuyas páginas se halle el arcano que habla de nosotros como ni nosotros mismos somos capaces de hacerlo: con la voz apagada, con la verdad, con el profundo sentimiento de las cosas, sin presunción, sin retórica... tal y como se presentan los propios libros: viejos, gastados, a menudo rotos, sucios, pero también llenos de vida, de vidas, diríamos, de la suma de las vidas que las han atravesado.

Sabe uno, sabemos todos, que las librerías de viejo, desde la irrupción de internet, serán muy diferentes en el futuro. Es posible que desaparezcan y se conviertan en meros portales de nuestro ordenador. Tiene uno, sin embargo, y por suerte, muchos años ya para ver algo así, si llegara a suceder. Será poco probable, no obstante. Cada época, o lo más consciente de ella al menos, sentirá la necesidad de reescribir el pasado, y precisará buscarlo en un lugar donde los libros sean algo más que una ficha parpadeante junto a otras, tal y como aparecen en nuestros portátiles. Los lectores sagaces del futuro necesitarán ver físicamente los libros, sostenerlos en sus manos, calibrar su peso, la calidad de su papel, el espesor

de su tinta. Necesitarán llegarse a esas librerías que seguirán siendo también destartaladas, congestivas, sumidas en una atmósfera almizclada, micótica e irrespirable, pero también llenas de vida, como la cofa de un barco desde donde proclamar a los cuatro vientos, como d'Ors: "Solitarios del mundo entero, ¡uníos!"

Ahora me doy cuenta de que las que más me han gustado eran, no ya de viejo, sino librerías de pobre, incluso cuando parecían de lujo, como aquella noble, luminosa y pulcra Mirto, frente al neoclásico Jardín Botánico de Madrid, cuya dueña, la más distinguida, risueña y adorable criatura humana, ofrecía a quien se encontrase allí a la hora del aperitivo, desconocido o no, cliente o

no, una copita de jerez y unas patatas fritas. Y todo esto, sin desvirtuar la pobreza de lujo que allí se respiraba. Porque siento que esa pobreza, en este mundo nuestro del despilfarro, es acaso el último reducto de lo sagrado, verdadero templo de la sabiduría intempestiva, tal y como la quería Nietzsche.

No necesito decir mucho más. La semilla que lleva dentro un libro viejo se pregoná sola, pero, claro, hay que saber descubrirla, y eso, descubrirla, es tarea que únicamente puede llevarse a cabo en silencio y cuando estamos solos, quiero decir que forma parte del viejo oficio de los *happy few*.

ESTE PREGÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA  
18 DE NOVIEMBRE DE 2010 EN SEVILLA,  
Y CON ÉL LOS LIBREROS DE VIEJO DE  
LA CIUDAD QUIEREN HOMENAJEAR A  
JUAN MANUEL PÉREZ ROLDÁN DE  
LIBRERÍA DON CECILIO, AHORA  
QUE: «VUELA EN LA NOCHE  
SIN FONDO BUSCANDO EL  
CALOR DE ALGUNA  
ESTRELLA».

[SEVILLA MMX]

